

Los movimientos sociales y la construcción de un nuevo sujeto histórico

por

François Houtart

Sociólogo y Director del Centro Tricontinental,
Lovaina-la-Nueva, Bélgica, y miembro del
Foro Mundial de las Alternativas.

Las reflexiones de este escrito compartidas con los/as alumnos/as en el curso del Campus Virtual de CLACSO fueron revisadas y actualizadas para ser presentadas como ponencia en el marco del V Encuentro Hemisférico contra el ALCA y Libre Comercio, La Habana, 15 de abril de 2006.

<>

[Biblioteca Virtual Omegalfa](#)

LAS protestas sistemáticas contra los centros de poder global se multiplican. Los Foros Sociales mundiales, continentales, nacionales y temáticos se han constituido como lugares de convergencia de los movimientos y organizaciones que están luchando contra el neoliberalismo. Se trata de esbozar un cuadro general de reflexión sobre la marcha de estos eventos.

¿Por qué un nuevo sujeto histórico?

La historia de la humanidad se caracteriza por una multiplicidad de sujetos colectivos, portadores de valores de justicia, igualdad, derechos, y protagonistas de protestas y luchas. Recordamos, por ejemplo, la revuelta de los esclavos, las resistencias contra las invasiones en África y Asia, las luchas campesinas de la Edad Media en Europa, las numerosas resistencias de los pueblos autóctonos de América, los movimientos religiosos de protesta social en Brasil, Sudán y China.

Un salto histórico se da cuando el capitalismo construye, después de cuatro siglos de existencia, las bases materiales de su reproducción que son la división del trabajo y la industrialización. Nace el proletariado como sujeto potencial, a partir de la contradicción entre capital y trabajo. Los trabajadores están sometidos al capital dentro del proceso mismo de la producción, haciendo que la clase obrera sea totalmente absorbida al igual que constituida por el capital.

Es lo que Marx llamó la subsunción real del trabajo por el capital. La nueva clase se transformó en sujeto histórico cuando se construyó en el seno mismo de las luchas, pasando del estatuto de “una clase en sí a una clase para sí”.

No era el único sujeto, pero sí el sujeto histórico, es decir, el instrumento privilegiado de la lucha de emancipación de la humanidad, en función del papel jugado por el capitalismo. Este último no se situaba solamente en el plan de la economía, sino que también orientaba la configuración del Estado-nación, las conquistas coloniales, las guerras mundiales, sin hablar de su papel como vehículo privilegiado de la modernidad.

Evidentemente, la historia de la clase obrera como sujeto histórico no fue lineal. Existió el paso de movimiento a partido político y del plan nacional al plan internacional, pero también se registraron éxitos y fracasos, victorias y recuperaciones.

Hoy el capitalismo realiza un nuevo salto. El sujeto social se amplifica. Las nuevas tecnologías extienden la base material de su reproducción: la informática y la comunicación, que le dan una dimensión realmente global. El capital necesita una acumulación acelerada para responder al tamaño de las inversiones en tecnologías cada vez más sofisticadas, cubrir los gastos de una concentración creciente y atender las exigencias del capital financiero que después de la flotación del dólar en 1971 se transformó masivamente en capital especulativo.

Por estas razones, el conjunto de los actores del sistema capitalista combatieron tanto el keynesianismo y sus pactos sociales entre capital, trabajo y Estado, como el desarrollo nacional del Sur (el modelo de Bandung, según Samir Amin), el desarrollismo cepalino (en América Latina) y los regímenes socialistas. Empezó la fase neoliberal del desarrollo del capitalismo, llamada también el Consenso de Washington. Esta estrategia se tradujo en una doble ofensiva, contra el trabajo (disminución del salario real, desregulación, deslocalización) y contra el Estado (privatizaciones).

Asistimos también a una búsqueda de nuevas fronteras de acumulación frente a las crisis tanto del capital productivo como del capital financiero: la agricultura campesina que tiene que conver-

tirse en una agricultura productivista capitalista, los servicios públicos que deben pasar al sector privado, y la biodiversidad como base de nuevas fuentes de energía y materia prima. El resultado es que ahora todos los grupos humanos sin excepción están sometidos a la ley del valor, no solamente la clase obrera asalariada (subsunción real), sino también los pueblos autóctonos, las mujeres, los sectores informales, los pequeños campesinos, bajo otros mecanismos financieros –precio de las materias primas o de los productos agrícolas, servicio de la deuda externa, paraísos fiscales, etc.– o jurídicos –las normas del Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio (OMC)–, todo esto significando una subsunción formal.

Más que nunca, el capitalismo destruye, como lo notaba hace casi más de un siglo y medio Marx, las dos fuentes de su riqueza: la naturaleza y los seres humanos. En verdad, la destrucción ambiental afecta a todos y la ley del valor incluye hoy a todos.

La mercantilización domina la casi totalidad de las relaciones sociales, en campos cada vez más numerosos como el de la salud, la educación, la cultura, el deporte o la religión. Además, la lógica capitalista tiene su institucionalidad. Recordemos primero que se trata de una lógica y no de un complot de algunos actores económicos (de lo contrario bastaría convertirlos y corregir abusos y excesos).

Recuerdo a un empresario de Santo Domingo, testigo de Jehová, que decía a propósito de sus obreros, a los que amaba con un amor muy cristiano: “llamo a mis trabajadores magos, porque no sé cómo pueden vivir con el salario que les doy”. El cambio exige una acción estructural, hoy globalizada, de actores determinados con agendas precisas.

El capitalismo globalizado tiene sus instituciones: la OMC, el BM, el FMI, los bancos regionales, y también sus aparatos ideológicos: los medios de comunicación social, cada vez más con-

centrados en pocas manos.

Finalmente, goza del poder de un imperio, Estados Unidos. El dólar es la moneda internacional y Norteamérica detenta el único derecho de veto en el BM y en el FMI, y un veto compartido en el Consejo de Seguridad. Este país conserva, además, casi un monopolio en el campo militar, con su primacía en el marco de la OTAN, y la capacidad de iniciar guerras preventivas. Cuando se trata de intervenir militarmente Irak o Afganistán para controlar las fuentes de energía, lo hace sin miramientos. Sus bases militares se multiplican y extienden en el planeta, y su gobierno se atribuye la misión de reprimir las resistencias en el mundo entero, sin dudar a la hora de utilizar la tortura y el terrorismo como mecanismos.

Sin embargo, el imperio tiene sus debilidades. La naturaleza se está tomando revancha y la oposición antiimperialista es hoy mundial. Immanuel Wallerstein, en virtud de las deficiencias del sistema, ha comenzado a pensar que aquello que él llama “el largo siglo XX”, dominado por el capitalismo, podría encontrar su fin en la mitad de este siglo.

Por todas estas razones, el nuevo sujeto histórico se extiende al conjunto de los grupos sociales sometidos, tanto aquellos que forman parte de la sumisión real (representados por los llamados “antiguos movimientos sociales”) como los que integrarían el grupo de los subsumidos formalmente (“nuevos movimientos sociales”).

El nuevo sujeto histórico a construir será popular y plural, es decir, constituido por una multiplicidad de actores y no por la “multitud” de la cual hablan Michael Hardt y Antonio Negri (2002), concepto este tan vago como peligroso por sus consecuencias desmovilizadoras.

La clase obrera guardará un papel importante, pero compartido. Este sujeto será democrático, no solamente por su meta, sino por el proceso mismo de su construcción. Será también multipolar ya

que se desarrollará en los diferentes continentes y en las diversas regiones del mundo. Se tratará de un sujeto en el sentido pleno de la palabra, incluyendo la subjetividad redescubierta, abarcando todos los seres humanos, constituyendo la humanidad como aquel sujeto real que proclamara Franz Hinkelammert en su libro *El sujeto y la ley* (2003).

El sujeto histórico nuevo debe ser capaz de actuar sobre la realidad a la vez múltiple y global, con el sentido de emergencia exigido por el genocidio y el ecocidio contemporáneos.

Los movimientos sociales

Los movimientos sociales son el fruto de contradicciones que se han globalizado. Según Alain Touraine (1999), para ser verdaderos actores colectivos necesitan cierta inscripción en la historia, una visión de la totalidad del campo dentro del cual se inscriben, una definición clara del adversario y, finalmente, una organización. Son más que una simple revuelta (las *jacqueries* campesinas), más que un grupo de intereses (cámara de comercio), más que una iniciativa autónoma del Estado (ONGs).

Los movimientos nacen de la percepción de objetivos como metas de acción, pero para existir en el tiempo requieren un proceso de institucionalización. Se crean roles indispensables para su reproducción social. Así nace una permanente dialéctica entre metas y organización, cuyo peligro potencial siempre presente es la posibilidad de que la lógica de reproducción se imponga por sobre las exigencias de los objetivos buscados.

Hay un infinito número de ejemplos de esta dialéctica en la historia. Así, el cristianismo nació, como lo dice el teólogo argentino Rubén Dri, como “el movimiento de Jesús”, expresión religiosa de protesta social, peligrosa para el Imperio Romano y reprimida por este último. Se transformó, por su inserción en la sociedad romana, en una institución eclesiástica, siguiendo el

modelo de la organización política, centralizada, vertical y a menudo aliada con los poderes de opresión. El peso institucional no mató el espíritu, pero introdujo una contradicción permanente. El Concilio Vaticano II constituyó un esfuerzo por restablecer el predominio de los valores del mensaje evangélico por sobre el carácter institucional; sin embargo, en los años siguientes, este último fue recuperado a manos de una corriente de restauración.

Otro ejemplo lo constituye el caso de muchos sindicatos obreros y partidos de izquierda. Fueron iniciativas de los trabajadores en lucha que, con el tiempo, se transformaron en burocracias que definían sus tareas en términos solamente defensivos, es decir, en función de la agenda del adversario y no del proyecto de transformación radical del sistema.

En el caso particular de los partidos políticos, es la lógica electoral la que predomina sobre el objetivo original y define las prácticas, hecho que remite a una lógica de reproducción y no una perspectiva de cambio profundo revolucionario. Esto no impide la presencia de muchos militantes auténticos en estas organizaciones, pero significa que ellos están encerrados en una lógica que los sobrepasa.

Sin embargo, la realidad social no está predeterminada y se puede actuar sobre los procesos colectivos. Para que los movimientos sociales estén en posición de construir el nuevo sujeto social, hay dos condiciones preliminares.

En primer lugar, tener la capacidad de una crítica interna con el fin de institucionalizar los cambios y asegurar una referencia permanente a los objetivos.

En segundo lugar, captar los desafíos de la globalización, que a la vez son generales y específicos del campo de cada movimiento: obrero, campesino, de mujeres, popular, de pueblos autóctonos, de juventud, etc. —la lista, en definitiva, deberemos ampliarla para integrar al creciente y multifacético espectro compuesto por las víctimas del neoliberalismo globalizado.

Concurren también otras exigencias. Los movimientos sociales que se definen como pertenecientes a la sociedad civil tienen que precisar que se trata de la sociedad civil de abajo, recuperando así el concepto de Antonio Gramsci que la considera como el lugar de las luchas sociales. Esto permite evitar caer en la trampa de la ofensiva semántica de los grupos dominantes, como el BM, para los cuales ampliar el espacio de la sociedad civil significa restringir el lugar del Estado, o también en la ingenuidad de muchas ONGs para las cuales la sociedad civil es el conjunto de todos los que quieren el bien de la humanidad. En el plan global, la sociedad civil de arriba se reúne en Davos y la sociedad civil de abajo en Porto Alegre.

Construir el nuevo sujeto histórico requiere concebir y cimentar un vínculo con un campo político renovado. En los primeros tiempos de los Foros Sociales existía un miedo real hacia los órganos de la política tradicional, en parte, por razones justas. Al repudio frente a la instrumentalización electoralista y las maquinarias de partidos como mera herramienta de poder, se le sumaba una actitud de principio antiestatal, especialmente en ciertas ONGs. De allí el éxito de las tesis de John Holloway que se preguntaba cómo cambiar el mundo sin tomar el poder.

Si se trata de afirmar que la transformación social exige mucho más que la toma del poder político formal, ejecutivo o legislativo, esta perspectiva es plenamente aceptable, pero si significa que cambios fundamentales como una reforma agraria o una campaña de alfabetización se pueden realizar sin el ejercicio del poder, es una total ilusión.

Así, los movimientos sociales deben contribuir a la renovación del campo político, como lo indica muy bien Isabel Rauber en su libro *Sujetos políticos* (2005). La pérdida de credibilidad de los partidos políticos es una realidad mundial y es urgente encontrar la manera de realizar una reconstrucción del campo.

Un ejemplo interesante es el de la República Democrática del

Congo (Kinshasa), donde los movimientos y organizaciones de base se movilizaron para la organización de las elecciones de julio de 2006. Después de 40 años de dictadura y guerras (en los últimos 5 años hubo más de 3 millones de víctimas), las fuerzas populares de la base de la población afirmaron la necesidad de defender la integridad de la nación y salvaron a esta última de su desmantelamiento, contrarrestando todos los esfuerzos hechos por fragmentar el país y así poder controlar más fácilmente los recursos naturales.

Adicionalmente, estos sectores están inventando formas de democracia participativa, conjuntamente con la democracia representativa. Miles de organizaciones locales, de mujeres, de campesinos, de pequeños comerciantes, de jóvenes, de comunidades cristianas católicas y protestantes se movilizaron para presentar candidatos, ligados por pacto a las comunidades (portavoces y no representantes, como lo dice la Ley de Consejos Comunales de Venezuela), al nivel local y provincial, con algunos a nivel nacional, pero sin candidato a la presidencia, porque estiman que primero debe consolidarse el proceso desde abajo. Es una verdadera reconstrucción de un campo político casi completamente destruido por las prácticas (corrupción y tribalismo) de los partidos existentes.

Finalmente, será muy importante para las convergencias de los movimientos sociales encontrar la manera de aglutinar las numerosas iniciativas populares locales que no se transforman en movimientos organizados, a pesar del hecho de que representan una parte importante de las resistencias, a nivel de pueblos o de regiones (contra una represa; contra la privatización del agua, la electricidad, la salud; contra la entrega de selvas a empresas transnacionales; etcétera).

Existen ejemplos tales como MONLAR, en Sri Lanka, la organización que lucha por la reforma agraria y que reagrupa a más de cien iniciativas locales, que, además de ser un movimiento cam-

pesino nacional, consiguió acumular fuerzas capaces de actuar a nivel del país como órgano de protesta (manifestaciones nacionales) y también de diálogo y confrontación con el gobierno y el BM.

Cómo construir el nuevo sujeto histórico

Producir un nuevo sujeto histórico requiere algunas condiciones básicas. En primer lugar, es necesario elaborar una conciencia colectiva sustentada en un análisis apropiado de la realidad y en una ética.

En cuanto al análisis, se trata de utilizar instrumentos capaces de estudiar los mecanismos de funcionamiento de la sociedad y de entender sus lógicas, con criterios que permitan distinguir efectos y causas, discursos y prácticas. No se trata de cualquier tipo de análisis, sino de aquel producido con el aparato teórico crítico más adecuado para responder al grito de los de abajo. Dicho análisis exige un rigor metodológico alto y una apertura a todas las hipótesis útiles para este fin. La opción en favor de los oprimidos es un paso pre-científico e ideológico, que va a guiar la elección del tipo de análisis; sin embargo, este último pertenece al orden científico sin concesión posible. Es un saber nuevo que ayudará a crear la conciencia colectiva.

Tomemos un ejemplo contemporáneo para dar cuenta de a qué nos referimos cuando hacemos énfasis sobre el análisis de la realidad. Se habla mucho de los objetivos del Milenio, decididos por los jefes de Estado en Nueva York en el año 2000. ¿Quién podría estar en contra de la eliminación de la pobreza y la miseria (pobreza absoluta)? ¿Quién propondría estar en contra del desarrollo? Por eso hubo unanimidad. El objetivo para el año 2015 es sólo reducir a la mitad la extrema pobreza, lo que significa que en ese año todavía el mundo se encontrará con más de 800 millones de pobres (ya una vergüenza). Todo parece indicar que el cumplimiento de estas metas es hartamente improbable. La ra-

zón es que no se criticó la lógica fundamental del tipo de desarrollo que favorece sólo a un minoritario y exclusivo 20% de la población de los países del sur. Esta minoría crece de manera espectacular, formando una base de consumo apreciable para el capital y acentuando la visibilidad de una cierta riqueza. Al mismo tiempo, las distancias sociales aumentan progresivamente.

Entender esta contradicción requiere cuestionar el concepto mismo de desarrollo del cual dependen los criterios adoptados para definir los objetivos del Milenio. No entran en su definición elementos cualitativos como el bienestar, la igualdad, la soberanía alimentaria, entre otros. Es por eso que Marta Harnecker, en el Centro Miranda de Caracas, trabaja sobre la creación de herramientas analíticas para medir los criterios del desarrollo. De hecho, los conceptos utilizados por las Naciones Unidas son los del mercado y no los de la vida de los seres humanos.

El segundo elemento que contribuye a la construcción de una conciencia colectiva es la ética. No se trata de una serie de normas elaboradas en abstracto, sino de una construcción constante por el conjunto de los actores sociales en referencia a la dignidad humana y al bien de todos. Las definiciones concretas pueden cambiar según los lugares y las épocas y, cuando se trata de la realidad globalizada, la perspectiva ética tendrá que ser elaborada por el conjunto de las tradiciones culturales: esto es, el concepto real de los derechos humanos.

La ética, en este sentido, no es una imposición dogmática, sino una obra colectiva que tiene sus referencias en la defensa de la humanidad. Podemos decir que el logro principal de los Foros Sociales, como convergencias de movimientos y organizaciones populares, ha sido la elaboración progresiva de una conciencia colectiva, con varios niveles de análisis y de comprensión, y con una ética a la vez de protesta contra todo tipo de injusticia y desigualdad, y de construcción social democrática de “un otro

mundo posible”. La existencia de los Foros es en sí misma un hecho político, además de los muchos otros logros alcanzados, como la constitución de redes, el intercambio de alternativas, el funcionamiento en su seno de la Asamblea de los movimientos sociales y la contribución de intelectuales comprometidos.

Luego de haber elaborado una conciencia colectiva, se impone como siguiente paso convocar a la movilización de los actores plurales, populares, democráticos y multipolares. Aquí nos encontramos con el aspecto subjetivo de la acción. Los actores humanos son seres completos y no actúan solamente en función de la racionalidad de las lógicas sociales.

El compromiso es un acto social caracterizado por un elemento afectivo fuerte y aún central. De allí la importancia de la cultura como conjunto de las representaciones de la realidad, y también de los innumerables canales de su difusión: el arte, la música, el teatro, la poesía, la literatura, la danza. La cultura es una meta, pero también un medio de emancipación humana. Lo mismo puede decirse del papel potencial de las religiones, donde se encuentran referencias existenciales humanas fundamentales: la vida, la muerte, en relación con una fe que se puede compartir o no, pero que no se puede ignorar. Este fue un error grave de un cierto tipo de socialismo. El potencial religioso liberador es real. Además, las religiones pueden aportar una espiritualidad y una ética colectiva y personal indispensables para la reconstrucción social.

Un tercer elemento está constituido por las estrategias para lograr los tres niveles de alternativas. El primero es la utopía, en el sentido de lo que no existe hoy, pero que puede ser realidad mañana; es decir, una utopía no ilusoria sino necesaria, como decía el filósofo francés Paul Ricoeur. ¿Qué tipo de sociedad queremos? ¿Cómo definir el post-capitalismo o el socialismo? La utopía también es una construcción colectiva y permanente, no un regalo milagroso que cae del cielo. Necesita para su cumplimien-

to una acción a largo plazo: cambiar un modo de producción no se logra con una revolución política, aun si ella puede significar el inicio de un proceso. El capitalismo necesitó cuatro siglos para construir las bases materiales de su reproducción: la división del trabajo y la industrialización. Los cambios culturales que son parte esencial del proceso tienen un ritmo diferente que el de las transformaciones políticas y económicas.

Los otros dos niveles, el mediano y el corto plazo, dependen de las coyunturas, pero deben ser el objeto de estrategias concertadas y realizadas en convergencia entre actores sociales diversos.

Son el lugar de las alianzas. Sin embargo, no es la simple suma de alternativas en los sectores económicos, sociales, culturales, ecológicos, políticos lo que permitirá a un sujeto histórico nuevo salir adelante. Se necesita coherencia. Esta última también será obra colectiva y no el resultado de un monopolio del saber y del conocimiento por una vanguardia depositaria de la verdad. Será un proceso constante y no un dogma.

Desde este punto de vista es importante subrayar el carácter indispensable de algunos actos colectivos estratégicos, aun parciales, pero que reagrupan un conjunto de actores sociales diversos en una iniciativa significativa en relación con la dimensión utópica del proyecto global. Felizmente existen varios ejemplos en este sentido, de los cuales recordamos dos.

La campaña contra el ALCA reunió a muchos movimientos sociales, desde los sindicatos hasta los campesinos, pasando por las mujeres y los indígenas. ONGs de procedencias diversas se sumaron incluso a esta iniciativa. En algunos países, instituciones religiosas tomaron posición contra el tratado. Se utilizaron métodos muy variados de acción, incluso referéndums populares que recogieron millones de firmas. Otro ejemplo es el plan alternativo popular de reconstrucción después del tsunami en Sri Lanka. El plan oficial administrado por el BM preveía esencialmente el desarrollo del turismo internacional y no respondía a las

necesidades de base de la población mayoritaria. Era la manera de acelerar la política neoliberal de alcance mundial. Por eso el plan alternativo constituyó una alianza amplia de movimientos y organizaciones sociales, incluidas instituciones budistas y cristianas, para oponerse al plan gubernamental y proponer soluciones alternativas.

Dos iniciativas complementarias hicieron su aporte frente a la necesidad de una perspectiva de acción a nivel mundial: En Defensa de la Humanidad, fundada en México bajo el impulso de Pablo González Casanova, y el Llamamiento de Bamako. La primera supo ampliar sus fronteras iniciales entre varios países, especialmente latinoamericanos, y conjugar esfuerzos con el Llamamiento de Bamako, promovido por el Foro Mundial de Alternativas (iniciado en Lovaina-la-Nueva en 1996 en ocasión del vigésimo aniversario del Centro Tricontinental y fundado oficialmente en El Cairo el año siguiente), el Foro del Tercer Mundo (Dakar), Enda (una ONG africana) y el Foro Social de Mali.

En Defensa de la Humanidad propuso la constitución de una usina de ideas destinada a reunir y proponer acciones comunes, y el Llamamiento de Bamako definió diez áreas para pensar y proponer actores colectivos y estrategias, inspirándose en gran parte en el Manifiesto de Porto Alegre elaborado por un grupo de intelectuales durante el Foro Social Mundial de 2005.

Estas dos iniciativas complementan el trabajo de la Asamblea de Movimientos que dentro de cada Foro elabora un documento y propone campañas (como la manifestación contra la guerra en Irak que en 2003 reunió más de 15 millones de personas en 600 ciudades del mundo).

Finalmente, desde una perspectiva general panorámica, es necesario señalar algunas victorias que, aunque parciales, son ciertamente significativas. Mantener la acción, recrear la motivación, exige resultados. No se trata de cualquier logro, sino de los que

movilizaron varios actores sociales en una acción común, sobre objetivos relacionados con una visión de conjunto y de dimensión global.

Hay también en este aspecto varios ejemplos importantes. Una vez más puede citarse la campaña latinoamericana contra el ALCA. En Europa, el NO al tratado constitucional de orientación neoliberal y que implicaba la sumisión a EE.UU. en el campo militar constituye otro ejemplo.

El rechazo con éxito del contrato de primer empleo en Francia y el abandono de la base naval norteamericana de Vieques en Puerto Rico, después de una larga movilización popular, son otros casos notorios. Y, en el ámbito político, la elección del primer presidente indígena en Bolivia tiene también un sentido muy amplio de victoria en los ámbitos cultural, social y económico.

En conclusión, podemos decir que ya está trazado el camino para pasar de la elaboración de una conciencia colectiva a la construcción de actores colectivos, y que todos estos hechos anuncian este pasaje como próximo propósito a cumplir. ■

Procedencia del texto: **CLACSO**

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/coedicion/houtart/05losmov.pdf>

BIBLIOGRAFÍA

Dri, Rubén 1996 *Autoritarismo y democracia en la Biblia y en la Iglesia* (Buenos Aires: Biblos).

Gramsci, Antonio 1999 *Cuadernos de la cárcel* (México DF: Era/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla).

Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).

Hinkelammert, Franz 2003 *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto reprimido* (Costa Rica: EUNA).

Holloway, John 2002 *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder* (Buenos Aires: Herramienta).

Rauber, Isabel 2005 *Sujetos políticos: rumbos estratégicos y tareas actuales de los movimientos sociales y políticos en América Latina* (Costa Rica: Ruth/DEI).

Touraine, Alain 1999 *¿Cómo salir del liberalismo?* (México DF: Paidós).